



Estas imágenes del pasado remiten a nuestro presente y preavisan nuestro futuro.

Los imperios griego y romano resultaron cuna y escuela de la civilización occidental. Nos dejaron piedras, leyes, arte, ciencia, filosofía; (un discurrir sobre el sentido de la vida: nosotros en el mundo) y religión. Creencias que pretendían responder a las preguntas de la consciencia: quienes somos, de dónde venimos, adonde vamos.

Como estratos de rocas sedimentarias a través de siglos arracimados en milenios, fuimos construyendo un mundo nómico para intentar comprender a la naturaleza -y dominarla en beneficio propio-. Le otorgamos nombres a las cosas y pretendimos que las mismas eran sus nombres.

La seguridad de la cultura amparó nuestras soledades y conformó un mundo menos aterrador. Escuchando a los grandes pensadores de la Humanidad intentamos acotar la realidad sometiéndola a nuestra capacidad de entendimiento. Y creímos hallar muchas o todas las respuestas.

Al principio conformándonos con el creacionismo y un dios o una pléyade de dioses que acompañaban nuestro transitar dándonos apoyo, sentido o consuelo. Después intentando encontrar el origen del universo en principios elementales como el fuego, aire o agua. Convocando a dioses bondadosos o invocando temerosos a deidades iracundas.

Con la ciencia y la filosofía diversos sistemas de ideas se elaboraron en la cultura de occidente explicando al universo desde nuestro ilimitado temor por la finitud de nuestros días: evolucionismo, materialismo histórico, psicoanálisis, científicismo, estructural-funcionalismo y muchos otros “ismos”.

Imagino aquellos legionarios romanos pisando el suelo vivo del Coliseo en alguna tarde cálida de cielos despejados, tal vez con la presencia de alguna nube para quebrar la sensación de estabilidad por siempre. O el orgullo de los griegos del siglo de Pericles que vieron erigir la Acrópolis- precisamente sobre las ruinas dejadas por los persas- e igualmente ilusionados con un imperio eterno.

Nada es para siempre. Una sentencia que se nutre y comprende desde el verbo de Heráclito o, pasando a geografías y culturas por entonces remotas o desconocidas, presente en la idea del Tao de Lao Tsé y arraigada pétrea en Oriente.

Y nosotros, hoy. Ahora. Ya mismo. Caminando senderos que borrarán las hierbas. Transitando ciudades futuras ruinas. Observando el caleidoscopio de calamidades que obran en nuestro presente y se proyectan fatalmente finales en un futuro ominoso que avanza a pasos de gigante. Repasemos:

- en lo político una extendida tendencia al renacer de los populismos, regímenes que prometen todo sin comprometer cómo. Con propuestas hedonistas, individualistas y egotistas. Sin referencias al trabajo necesario para el logro. En un torbellino de

decadencia institucional donde las mismas han perdido funciones y se disgregan en una masa caótica de normas sinsentido y contrapuestas donde todo es relativo y todo vale.

- En lo social con la presencia de una anomia extendida que surte a complacer a muchos insatisfaciendo a todos. Ancianos que prolongan sus existencias pero no hallan lugar en un mundo célere que corre sin sentido pero de un modo continuo. Jóvenes sin utopías ni horizonte, porque las expectativas del futuro distan mucho de estar definidas. Todo lo contrario. Se les propone que en sus vidas cambiarán muchas veces de oficio en el trabajo. Y si es aproximadamente cierto que uno es lo que hace en la propia definición de identidad habrá un gran territorio confuso en las proyectadas identidades.
- En lo climático, cataclismo. Desertificaciones, cambios de regímenes de lluvias y estacionales, alteraciones de los mares, aumentos de temperatura, pérdida de las reservas de agua dulce. Consiguientes migraciones de poblaciones que deseando huir de la muerte y la miseria intentan migrar hacia donde ven por las ventanas televisivas se vive confortablemente. Pero cada vez más se restringirán sus posibilidades porque no habrán de ser bien recibidos. Por una simple razón, no son aptos para integrarse en la sociedad industrial informatizada y no se los necesitan. Cualesquiera sean las propuestas bien intencionadas sólo es imaginable el rechazo de los inmigrantes en las presentes o nuevas fronteras.
- En lo económico la pandemia ha demostrado que –pese a quienes se muestran exégetas del capitalismo– éste no se halla capacitado para resolver un problema básico: surtir a las necesidades de todos y mucho menos detener la destrucción del planeta. Los inconvenientes en la distribución de bienes de producción, el aumento del costo de la energía, la profundización de la brecha entre la opulencia y pobreza son apenas muestra de lo afirmado. Todo un continente se desertifica y se multiplican los indigentes en el planeta a la vez que brotan ciudades lujuriosas para minorías extraordinariamente ricas. Y no hay sistema de reemplazo. El socialismo patentiza su fracaso en los países “comunistas” que presentan nuevas élites tecno-burocráticas con capacidad de acumular millonarios en sus capitales nacionales o comprar equipos deportivos de costos siderales. (La fórmula “pan y circo” vigente desde siempre).

Desacuerdo entre países productores de energías contaminantes y que dependen de dicha producción y países que proponen energías limpias (pero caras). China en busca de triplicar su fuerza productiva, Europa en el desconcierto de las mutaciones étnicas y culturales. Hispanoamérica dando cuerda al reloj para atrás. ¡Sálvense quien pueda! Miles de millones versus cientos de millones. ¡Hagan apuesta, señores! ¿Quiénes triunfarán? Perderemos todos. Oswald Wirth propuso que “Adivinar es imaginar con justeza” (La Máquina de Imaginar, Alberto Couste). ¿Quién se atreve a imaginar un final feliz? ¡Adivinen qué nos espera!

Una historia que se inició hace cuatro mil quinientos millones de años. Un mundo, una nave, un planeta azul con todas las posibilidades y promesas de bienaventuranza.

...Fue casi bueno mientras duró...



Eduardo Arpace Baleani
eduardobaleani@gmail.com